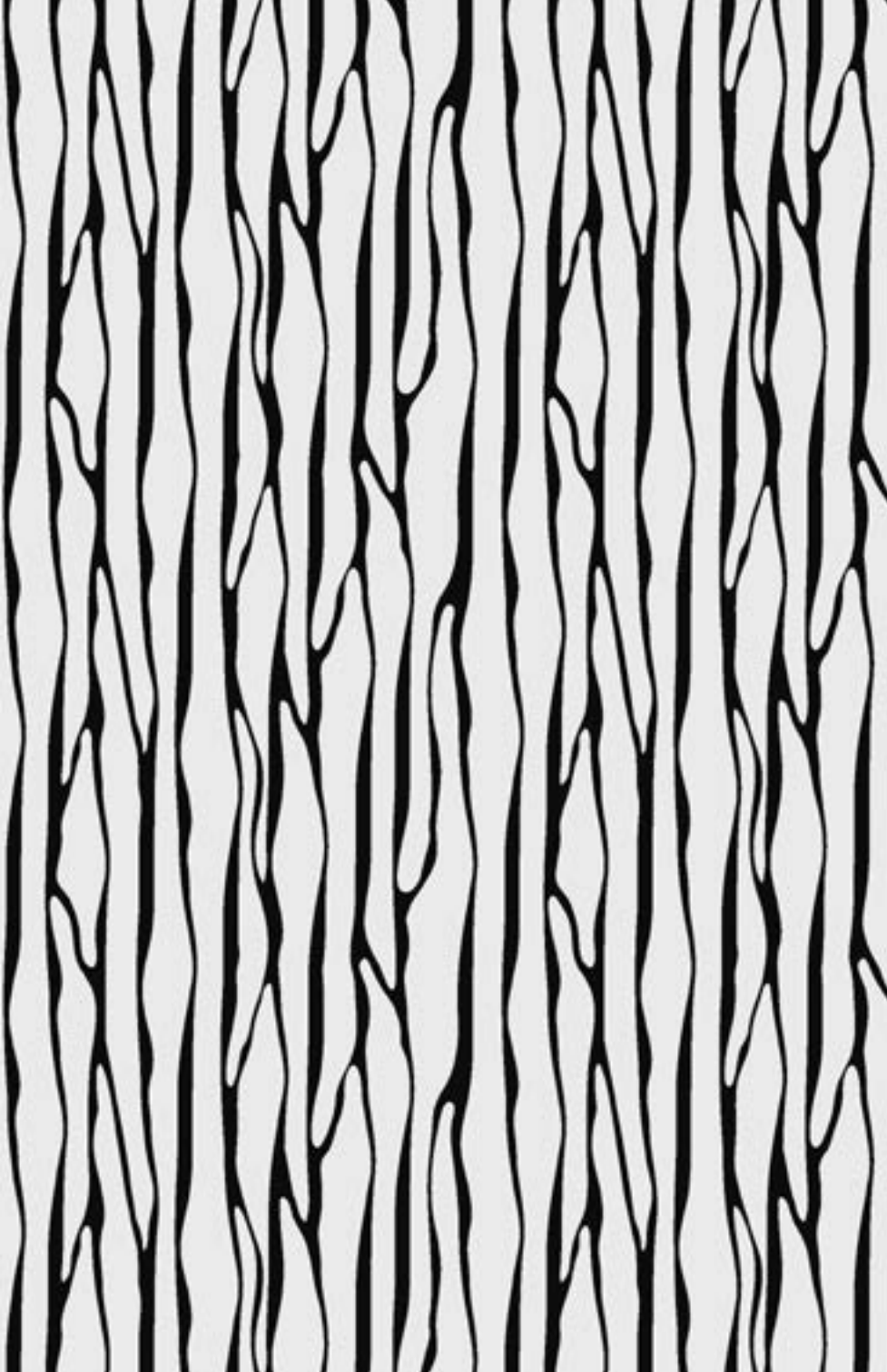




MARTINEZ





**THOREAU, EL SALVAJE.
VIVIR UNA VIDA
FILOSÓFICA**

Michel Onfray

TRADUCCIÓN

Edgardo Scott

Onfray, Michel. Thoreau, el salvaje / Michel Onfray. - 1a ed
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina,
2019. 92 p. ; 20 x 13 cm.

Traducción de: Edgardo Scott.

ISBN 978-987-4086-78-5

1. Biografías. 2. Filosofía. I. Scott, Edgardo, trad. II. Título.
CDD 920.71

Título original

Vivre une vie philosophique. Thoreau le sauvage

© 2017 Le Passeur editeur

Traducción Edgardo Scott

Corrección Renata Prati

Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián

Ilustración de Michel Onfray Juan Pablo Martínez

© 2019 Ediciones Godot

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2019

Impreso en Porter, Plaza 1202,

Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

República Argentina, en julio de 2019

*Estimo a un filósofo en tanto
sea capaz de dar un ejemplo.*

FRIEDRICH NIETZSCHE

1. ¿Qué es un gran hombre?

¿CÓMO PODRÍA UNA ÉPOCA llena de hombres pequeños leer y comprender una reflexión sobre los grandes hombres?

En todos los tiempos, las civilizaciones han dado lugar a figuras humanas que superan a los hombres: el genio, el héroe, el artista, el santo, el sabio, el profeta, el semidiós... Nuestros tiempos democráticos, surgidos del aserrín donde el 21 de enero de 1793 cayó la cabeza de Luis XVI, creen que la igualdad es el igualitarismo o, dicho de otro modo, que debe promoverse el odio de lo que es grande; pero esta patología jamás podrá conseguir que lo que es pequeño sea otra cosa que pequeño, ni de otra forma que con mezquindad.

Durante siglos, la *Vida de los hombres ilustres*, de Plutarco, fabrica numerosos temperamentos en la Europa judeocristiana, de Montaigne a Charlotte Corday, parienta de Corneille, también él alimentado

con leche romana, pasando por Erasmo y Rabelais, Bacon y La Boétie, de Maistre y Rousseau, Shakespeare y Emerson, así como los otros trascendentalistas, Thoreau incluido. No es de extrañar que después de la Revolución Francesa ya no hubiera muchas personas que hicieran de las *Vidas* de Plutarco un libro de edificación espiritual. El gran hombre de aquí en adelante será asimilado a un tirano, el tirano no como proveedor de guillotinas, ¡ay!, sino como el pequeño rey que prefería verificar los cerrojos antes que prestar atención a las finanzas del Estado (la famosa deuda, por cierto...).

El siglo XIX tendrá su gran hombre, Napoleón, que obligará a pensadores y filósofos a ocuparse de su caso, en compañía de poetas y pintores, novelistas y escultores, músicos y dramaturgos, a la espera de los cineastas...

Hegel fue quizás quien lo dijo mejor: el gran hombre es aquel que la historia crea para que él la realice... Astucia de la razón, él es un producto de la historia que se ocupa de crear la mano que creará... la mano de la historia. El gran hombre inventa la historia que inventa al gran hombre.

El mismo siglo XIX también posee su otro gran hombre: Brummell, príncipe de los dandis, como un doble cómico de la primera versión trágica. Napoleón estaba creando la Historia; Brummell, impecables nudos de corbata, pero mirando al cosmos, eso sí que vale la pena... A Hegel no le resulta indigno hablar sobre los dos personajes en su *Fenomenología del espíritu*, ¡para gran felicidad de Kojève! Napoleón terminó en

Santa Elena, la historia es conocida, y Brummell en el Bon-Sauveur de Caen, el hospicio de locos e indigentes, en una vieja gloria obesa, desdentada, harapienta, arruinada, ridícula. Cuando no mueren bajo el puñal, los grandes hombres a menudo terminan como los pequeños, incluso como los realmente pequeños y los muy pequeños.

El más grande de los grandes hombres es a menudo aquel que, para los otros, no lo parece, que no hace ruido y atraviesa su existencia detrás de huellas ontológicas. Sus combates son contra él mismo, sus victorias también. ¿Sus campos de batalla? También él mismo. ¿Sus emboscadas o sus asaltos, sus riesgos y sus ataques? También y siempre él mismo.

Hombres representativos de Emerson aparece en la mitad del siglo XIX, el siglo de las masas, del capitalismo y del comunismo, del socialismo y del anarquismo. Carlyle había publicado *Los héroes* en 1840. Burckhardt habla de los grandes hombres en sus *Reflexiones sobre la historia universal* de 1871. Nietzsche lo recordará con el ultrahombre en su *Zaratustra*.

Emerson ha leído a Plutarco y a Carlyle. El filósofo estadounidense, amigo de Thoreau, así como podía ser un hombre de madera áspera y gruesa, tenía el deseo de cortar los puentes ideológicos con la “Europa de los antiguos parapetos”, por retomar las palabras de Rimbaud, a fin de buscar la verdad menos en los libros del Viejo Mundo que en el “gran libro de la naturaleza”, citando esta vez a Diderot.

Él, Thoreau, leerá lo que se encuentra escrito antes de Europa, sin Europa; en la India, la Bhagavad-gītā o los *Upanishad*; en Irán, las *Veda*; en Asiria, la *Epopéya de Gilgamesh* y otros grandes textos sagrados; en Palestina, la Biblia, que son todos puros poemas líricos, antes de confiar más todavía en la naturaleza que conocen mejor los indios, de quienes él coleccionaba hasta el más mínimo rastro: puntas de flechas u otros signos de esta civilización sin escritura.

La filosofía europea, toda entera bajo el yugo platónico y realzada por el cristianismo, ha celebrado el Logos, la Razón, el Concepto, la Idea y otras variaciones del tema ontoteológico. Para ella, lo real era menos importante que las palabras que lo decían. La vida, menos significativa que los libros que la contaban. Al no pensar el mundo más que a partir de grimorios y de archivos que hablaban del mundo, el Occidente cristiano —Europa— ha reducido la vida, lo real, el mundo a una miserable pilita de polvo, como el que encontramos en los altillos abandonados o en la biblioteca de un ancestro muerto desde hace mucho tiempo.

En el siglo XIX, los Estados Unidos le han dado un gran estímulo a la filosofía, pero la Europa filosofante nunca ha querido aceptarlo: ella siempre ha preferido a los fabricantes de conceptos, hasta hacer de ellos, bajo el reino de Deleuze, que sigue en apogeo, el signo distintivo del filósofo; ella ha querido a los verborrágicos, los difusos, los oscuros, e incluso, en el siglo XX, a los delirantes, los patógrafos, como si crear un concepto estuviera sin más al alcance de la mano... Ella ha fijado

a Heidegger con alfileres, mientras él ahogaba las cosas en la niebla suabia de su saber fenomenológico hasta borrarlas con su glosolalia.

En el mismo movimiento, esta Europa filsofante ha ninguneado al Emerson de *La conducta de la vida*, al Thoreau de *Walden*, a los trascendentalistas, al John Muir de los diarios de viaje por el Ártico, al John Burroughs de *Construir su casa*, al Aldo Leopold de *El almanaque del condado arenoso*. Tanto peor para ella, que ha dado a luz monstruos ilegibles, quimeras llenas de blablablá, abstracciones de quintaesencia posmoderna. Despreciando las lecciones trascendentalistas estadounidenses, la filosofía europea ha perdido la oportunidad que estas le ofrecían de no morir en un callejón sin salida, como un perro con la lengua afuera.

La misma Europa que le dio la espalda a los Estados Unidos le ha dado también la espalda a lo que fue considerado como la pérfida Albión de la filosofía: Bacon, Berkeley, Locke, Hume, Hutcheson no sirven para mucho; ni hablemos de los “escoceses” Thomas Reid o Dugald Stewart. Se ha preferido, antes que ellos, al idealismo alemán y la fenomenología germánica, al materialismo dialéctico teutón y el psicoanálisis vienés. Resultado: el más completo nihilismo; como se dice, “apagón total” después de un gran corte de luz.

Carlyle, entonces. Emerson lo visita cuando efectúa su gira europea pasando por Italia y París. Está dos días con él, una noche en su domicilio. Vagan por los páramos escoceses. Hablan de Cromwell, de Fausto,

de Voltaire y de Robespierre (me encantaría haber sido un pequeño ratón para poder verlos y escucharlos...). También discuten sobre la necesidad de la acción y del hacer, sobre Dios y la inmortalidad del alma. Carlyle se queja de los periodistas, de la gente de letras, de la injusticia social, de sus contemporáneos. ¡La señora Carlyle le muestra a Emerson un collar enviado por Goethe en persona! Emerson le propone al pensador escocés ir a los Estados Unidos a enseñar o dirigir una revista. Él se niega. Entablan una correspondencia que durará hasta la muerte de Carlyle en 1881.

Durante este tiempo, Thoreau le cuida la casa, pero también a la señora Emerson y a su hijo. Él no habría visto con malos ojos que su marido no sacara pasaje de vuelta. *Hombres representativos* no tiene sentido entonces sin relación con *Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la Historia*, que apareció en 1840.

Carlyle (1795-1881) era un calvinista escocés que había perdido la fe: tres razones para ser un hombre terrible. Radical y panfletario, critica la democracia y el capitalismo, la aristocracia y la burguesía. Solitario, pobre, libre, independiente, no tiene que rendirle cuentas a nadie; produce un análisis atípico, pero justo.

En el origen de la humanidad, se encuentra el héroe como divinidad, Odín; en su evolución, el héroe deviene profeta con Mahoma, poeta con Dante y Shakespeare, clérigo con Lutero y Lenox, hombre de letras con Johnson, Rousseau, Burns; en su modernidad, el héroe deviene rey: Cromwell y Napoleón, ahí estamos nosotros.

Napoleón es “nuestro último gran hombre”, escribe Carlyle; sobre todo porque en julio de 1815, a bordo del *Belerofonte*, en el puerto de Plymouth, ¡el emperador demanda la hospitalidad inglesa para escapar de los realistas franceses! Por sí solo, él resume la totalidad de las variadas formas del heroísmo: profeta, poeta, clérigo, hombre de letras, rey. Procede de la era de la imprenta. Está ahí para guiarnos.

¿La tarea del pueblo? Encontrar al hombre más capaz, elevarlo al lugar supremo, el de rey, y venerarlo con lealtad. Se advierte que tal programa, en los tiempos en que Marx fabrica su máquina de guerra conceptual y dialéctica leyendo a Hegel y Feuerbach, ¡parece mirar más hacia el pasado que en dirección al futuro!

Napoleón fue grande cuando creó los hechos y los acontecimientos; cuando domesticó la Revolución Francesa y le permitió sobrevivir en instituciones perdurables; cuando transformó, gracias a un instinto seguro, la negatividad de la Revolución en positividad institucional; de este modo, su destino ha devenido orgánico.

Por el contrario, Napoleón fue pequeño cuando dejó de creer en los hechos y en los acontecimientos para someterse a los simulacros, cuando el demócrata devino un tirano. Fue “un gran boceto, un esbozo burdo sin terminar”. En una bella imagen, Hegel da la fórmula de los grandes hombres: “Luego de lograr su objetivo, caen como cáscaras vacías”.

Carlyle fue demasiado lejos en la Historia para hablar de gran hombre; Emerson quiere volver al cielo

de las ideas, que para él se encuentra sobre la tierra. Lo que, convengamos, vuelve a la tierra muy espiritualizada, si no espiritual. El espíritu es para él la única materia, con lo cual resulta ser un materialista muy etéreo. No por nada había sido pastor; no renuncia tampoco a esta función sin argumentos...

Diez años después del libro de Carlyle, Ralph Waldo Emerson da su versión en *Hombres representativos* (1850). En la edición francesa por Izoulet y Roz para Armand Colin, el subtítulo es “los sobrehumanos”, que no se refiere a nada del título inglés. La edición de Crès de 1920 titula directamente *Los ultrahumanos*: se trata por entonces de aprovechar el envión de la moda nietzscheana en Francia. Pero es un error; es más bien Nietzsche que sufre la influencia de Emerson, y no a la inversa, por razones de fechas: Nietzsche nace en 1844...

Emerson afirma también que el gran hombre es el hombre representativo. Su grandeza reside en su representatividad. Cuanto más represente a su tiempo, su época, su civilización, su cultura, su continente geográfico, histórico, cultural, mental, más grande será. Paradójicamente, es por lo tanto su individualidad en este punto de incandescencia donde el hombre alcanza lo universal y deviene grande. Montaigne era así, a Emerson le gustaba mucho Montaigne.

Para Emerson, el gran hombre habita las más altas esferas del pensamiento. Mantiene una relación particular con la superalma (*oversoul*) que es otro nombre para el “alma del mundo” o incluso el “alma universal”.

Dios existe, es cierto, pero seguramente no con forma antropomórfica. Hace tiempo que Emerson ha dejado de creer que Dios está en el templo protestante. En *Naturaleza* y en *Las fuerzas eternas*, Emerson asocia a Dios con el “espíritu del mundo”, a la “energía de la naturaleza” con las “fuerzas cósmicas”. Está en la misma cruzada que Platón, Plotino, Spinoza, Hegel, Goethe. Pero más allá...

Los individuos proceden de la superalma en el modo platónico, y de esta forma desigual. Aquel que participa mucho es un gran hombre. Desde entonces, mantiene una relación privilegiada, fuerte, directa, irracional, instintiva, inmediata con la superalma. De este modo, como con la dialéctica ascendente que conduce al Bien platónico, con la purificación vía las hipóstasis que llevan a un Bien plotiniano, con el conocimiento del tercer género que conduce a la dicha spinocista, con la dialéctica que conduce al espíritu absoluto hegeliano, incluso con el saber de la voluntad de poder sin la cual lo ultrahumano es imposible, el gran hombre define al filósofo capaz de experimentar el goce de la comunión mística con las fuerzas que son la intimidad del mundo.

El gran hombre es el receptáculo privilegiado de la superalma del mundo; él asegura la legibilidad, la visibilidad; contagia por su sola presencia, a partir del principio de la capilaridad; actúa más rápido, más lejos, más fuerte que los otros; ve lo que los otros no ven; aprehende la naturaleza de lo real en un instante; gana las elecciones por su pensamiento y por su acción que legitiman lo real; hace saber que aquello que

ha sucedido no podía no suceder; se orienta hacia un solo objetivo; ontológicamente, es un monomaniaco. Como Carlyle, Emerson da los nombres de sus grandes hombres: Platón el filósofo, Swedenborg el místico, Montaigne el escéptico, Shakespeare el poeta, Goethe el escritor, Napoleón el hombre del Universo.

¿Para qué sirve el gran hombre? Para ser un modelo: él nos hace seguirlo; para contagiar con su experiencia; para generar de nuevo grandes hombres; dicho de otro modo, para asegurar el progreso de la humanidad, la cual, pecando contra el marxismo, no se realiza con las masas, sino con los individuos de excepción.

Según este criterio, también Emerson fue un gran hombre. Porque, venida de Carlyle, la idea pasa por él para llegar hasta Nietzsche. Emerson asegura así su lugar en la historia como un gran hombre que posibilita la existencia de otros. Los *Hombres representativos* han alimentado el pensamiento de Nietzsche desde su juventud hasta producir un día el ultrahombre, ¡una figura, ah!, oscurecida por la parodia de los textos y el pensamiento del filósofo efectuada por su hermana, que ha creado falsedades que se le imputan y que tanto han hecho por su mala reputación.

Emerson fue una lectura de juventud de Nietzsche. Él lo cita en efecto ya en sus deberes para el colegio de Pforta, cuando no tiene ni veinte años. Nietzsche leyó los *Ensayos*, después los perdió en una estación de tren. Conocía también *La conducta de la vida y Sociedad y soledad*. En los *Fragmentos póstumos*, Nietzsche dijo

sobre Emerson que fue “el hombre de este siglo más fecundo en pensamientos”. Pueden encontrarse pensamientos de Emerson, pero también imágenes suyas, en *Así habló Zaratustra*.

Para Nietzsche, que fue un admirador de Burckhardt, un lector de Carlyle que él detestaba (probablemente demasiado cercano a él, como Spinoza...), un adversario de Hegel, un admirador de Goethe y de Napoleón, pero también, entonces, un lector entusiasta de Emerson, el ultrahombre es aquel que sabe que no hay más que la voluntad de poder, que esta define lo que quiere la vida en la vida, que está en el cosmos y en la brizna de hierba, en las piedras y en los astros, en los ácaros y en el filósofo, que no hay lugar para ninguna libertad, ningún libre albedrío, que es preciso desear este deseo que nos desea por ser libres, que uno debe amar su destino porque así se conoce una dicha, una beatitud que prueba el alcance de lo sobrehumano.

Se puede afirmar al fin que, en este sentido, ha habido otro gran hombre, pero tan grande que fue modesto y discreto, feroz y mal peinado, fuera de la norma e inasignable, libre como una nutria y orgulloso como un pez, orgulloso como un árbol y sabio como un narciso, antipático, salvaje como un indio, indomable como un lobo y quisquilloso como una mula: Thoreau. Thoreau, que fue discípulo de Emerson como se es discípulo cuando se ha comprendido a su maestro: siguiendo su propio camino. En nuestros tiempos democráticos, un gran hombre es aquel que hace solo su propio camino. En él habla el alma del mundo.

